

Ha decidido estudiar Medicina, como su padre, y llega a la facultad sin un solo obstáculo, siguiendo una línea tan recta como una carretera que cruza el desierto. Sebastián López de Lucena es un joven encantador, con el pelo largo y liso, peinado con descuido. Es uno de los pocos que pueden permitirse no llevar chaqueta. La cambia por camisas con largos picos y jerséis de lana. Su aspecto lo sitúa en una zona intermedia, alejada al mismo tiempo de la seriedad de la corbata y de la rebeldía de los vaqueros de campana. Siempre mantiene la atención y la sonrisa, tanto en clase como cuando recorre los anchos pasillos, iluminados por fluorescentes, que nadie pinta desde décadas atrás.

Gracias a su liquidez —sus padres le sueltan billetes como si fueran cromos— consigue que las librerías le traigan revistas americanas e inglesas, que paga a precio de oro y después regala a los departamentos que más le interesan. Sus conocimientos son más modernos que los del claustro, atrasados más de una década respecto de los grandes laboratorios.

Su tiempo de estudio, entre la última madrugada y la primera mañana, es sagrado para la familia y el servicio. Todos guardan silencio, incluso el padre no se atreve a pasar las

páginas del periódico en el salón y se esconde para leer en su dormitorio. La escasa familia cree unánime que su presencia en el mundo responde a una causa superior. Le repiten que llegará al Premio Nobel, que lo tiene todo para cumplir el destino que la familia merece. Sebastián también lo cree y se considera un pequeño genio, aunque hasta entonces no haya demostrado su talento.

Desayuna todas las mañanas tostadas recién hechas, con mantequilla y mermelada. Las complementa con un huevo pasado por agua o jamón ibérico. Siempre a su elección, como si se tratara de un restaurante o, más bien, el buffet del desayuno de un hotel de lujo. Si la tostada se quema, aunque sea sólo por el borde, la devuelve. La criada le sirve el desayuno en la mesa del comedor, con mantel de hilo y cubiertos de plata, y a veces hasta apunta sus genialidades en una libreta, arrojada a su vera. Cuando se le cae una miga al suelo siempre la recoge. Sebastián nunca va a la cocina, ni a por un vaso de agua ni, por supuesto, hace su cama. Es perfecto y así se considera cuando se repasa frente al espejo. Su único defecto es una mancha marrón, casi negra, de bordes irregulares, como una isla volcánica situada en el centro de la espalda. La ha heredado de su padre.

Se decide por la neumología porque toda una rama de su familia paterna murió por la temida fibrosis, que convierte los pulmones, tan flexibles y rosados en su origen, en carcasas rígidas, rotas. Morir ahogado no es un simple miedo, es una posibilidad real. Y aunque ni su padre ni él muestren asomo alguno de degeneración pulmonar, la impresión que le causa esa muerte lenta, ineludible, precedida por meses de ahogos, es tan fuerte que intentar una cura se convierte en su mayor propósito. Nadie ha conseguido el implante de un pulmón artificial. En Estados Unidos, en 1963, en el salvaje estado de Mississippi, un condenado a muerte eligió conmutar su

pena por la operación. Murió, pero pudo sobrevivir varios días con una prótesis de silicona en mitad del pecho. Ha sido el único intento que ha conseguido una mínima supervivencia. Sebastián no se apoya, ni mucho menos, en los estudios realizados por unos bárbaros sino en las tesis de un catedrático de Heidelberg, en la Selva Negra de Alemania, que lleva años estudiando las posibilidades de tan atrevida operación. Es tal su orgullo, su amor propio, que cuando se encierra en su habitación teme que su precioso cuerpo sea destruido por Dios, envidioso de su gloria futura.

Ha decidido que las juergas de universidad son, ante todo, una pérdida de tiempo que bajo ningún concepto puede asumir. La vida es demasiado corta. Tiene amigos en clase, sin duda, pero todos son brillantes en la carrera, tienen una familia superior a la suya o le aportan desahogo sexual. Estudia antes del amanecer, cuando una leve luz clarea la oscuridad y los coches de los últimos juerguistas y los primeros trabajadores alteran el silencio. Siempre sigue el mismo ritual, bebe dos cafés cargados, abre el manual de neumología, coloca un lápiz y un gran cuaderno sobre la mesa y empieza a estudiar. Alterna manuales universitarios, revistas especializadas y libros escritos en otros idiomas, que traduce gracias a sus conocimientos y a diccionarios. Le interesa sobre todo la ciencia alemana. Con la ayuda de un curso por correspondencia descifra poco a poco las declinaciones y las palabras unidas. Cuando algún compañero, o él mismo en un día de flaqueza, cuestiona su objetivo se dice que su meta es la gloria, sí, pero también que cientos, miles, de enfermos que mueren ahogados podrán salvarse, aunque sea con una cicatriz que parta su cuerpo en dos.

La política es la segunda pasión de Sebastián. Opina que es imprescindible pero también peligrosa: exponer lo que debe reservarse significa demasiado en un tiempo lleno de

incertidumbre. Nadie sabe si el franquismo continuará, con formas más o menos democráticas, o si será sustituido por una república socialista y vengativa. Sigue el criterio familiar, que le anima a nadar al mismo tiempo en todos los mares. Es una manera de estar en el mundo que también utiliza con las mujeres, incluso con los suyos. Sólo existe algo de verdadera importancia en el mundo: uno mismo.

Sebastián y su familia viven en un barrio próximo a la Castellana madrileña, un pequeño París con calles anchas y arboladas, con edificios que nacieron como mansiones y terminaron como pisos, donde la élite de la ciudad duerme y muere y adonde todo arribista aspira a llegar. Ocupan un lugar intermedio en la comedia, situado entre las grandes fortunas y los profesionales meritorios. Llegaron allí hace cincuenta años, desde un barrio cercano pero distinto, próximo a la Gran Vía, donde ocupaban un piso pequeño, en el límite de la humildad. Al piso se accede por una gran escalera, cubierta por una alfombra persa, rodeada de plantas y esculturas de titanes que cuelgan de los muros —forma un conjunto más propio de un salón enloquecido que de un simple portal—. Más allá aparece una escalera circular y doble, dividida por un amplio ascensor de madera tapizado en rojo, atendido en tiempos por el ascensorista y desde los años cincuenta por el portero. En la tercera planta viven ellos, la familia López de Lucena, respetados por su amor a la cultura aunque se murmure contra ellos por su falta de apego al régimen y su devoción variable. Alfonso, padre de Sebastián, sólo acude a misa en celebraciones y en fiestas mayores como Navidad o Viernes Santo. Es médico y filósofo aficionado. Su esposa visita la iglesia con mayor frecuencia, pero también se ausenta durante meses sin motivos ni explicaciones. Es parte del carácter familiar: estar sin estar en cualquier ámbito, tal vez en defensa de una libertad que provoca al poder, pero que también pacta para evitar la pobreza y

conseguir el anhelado prestigio. Tienen la habilidad de alterar los límites a su conveniencia.

Es la suya una casa con altos techos, adornados con escayola y una gran biblioteca de madera, con escalera circular, ordenada por materias y épocas, donde coexisten la historia, el ensayo y algo de narrativa, aunque la novela sea considerada un género menor, adecuado para las tardes de verano. Están todos los griegos, en el idioma original —que nadie en la casa entiende— y traducidos al francés, que aseguran dominar Alfonso y su esposa. Compraron la colección entera durante un viaje a París a un escritor viejo y fracasado que la vendió por unos pocos francos. Adoran su biblioteca, aunque apenas dispongan de ella y los libros se llenen de polvo tras el cristal que los protege. No les importa que en muchos las hojas aún permanezcan pegadas. Ya las abrirán sus hijos o sus nietos. Apenas nadie accede a los estantes más altos, todavía llenos de suciedad porque la criada sólo los limpia una vez al año, siempre que no haya labores más urgentes. Sin embargo, presumen de sus libros sin descanso. Si alguien preguntara por ellos en la sociedad madrileña, lo primero que se comentaría es su bibliofilia. La adoración por la cultura se detecta en el tamaño desproporcionado de la biblioteca respecto del resto de la casa. La estantería llena el salón, las dos paredes del pasillo y dificulta el paso. Quien vaya del salón a la cocina debe caminar de perfil, pero nadie se plantea una reforma. Han llegado a pensar en reducir aún más el espacio del salón y dárselo a los libros, cambiando los estantes de la biblioteca para que alberguen una segunda fila. Si la criada debe ir con la sopera en la mano, y no en un carro, es lo de menos. La cultura merece cualquier esfuerzo. La casa está llena de fotos con intelectuales ilustres de la época, desde Unamuno o Marañón a, por supuesto, Ortega y Gasset, uno de los ídolos de la familia. Los dormitorios y la cocina, la zona privada de la casa, son

pequeños y dan a un patio. Son espacios que no se enseñan ni precisan aprobación ajena, en los que no es necesario invertir más allá de una comodidad mínima. En los huecos que dejan los libros hay retratos de hombres serios y mujeres sentadas, con largas faldas que caen en suelos de mármol, con fondos que corresponden a paisajes de montaña idílicos e imaginados o a palacios con grandes fachadas. Han comprado en distintas subastas retratos de artistas ingleses de segunda fila, imitadores de Sargent que, como él, retratan a damas en sus salones, con mirada desafiante y vestidos que no admiten cuestionamiento. Nunca se los atribuyen a su familia, pero tampoco comentan su pertenencia real si el curioso no insiste demasiado. El dinero —tan importante como el apellido, pues es el cincel que mantiene sus rasgos— llega cada mes gracias a cuidadas inversiones en la pujante industria del norte, con especial atención a la siderurgia, que empieza a emplear a obreros de toda España, sobre todo de Extremadura y Andalucía. Se hacinan en torres de ladrillo, levantadas con material de derribo, que se solapan unas con otras bajo los cielos negros.

Los López de Lucena se adaptan a una modesta oposición al franquismo. Pasada la posguerra se libran de cualquier penalidad gracias al patrimonio familiar y al prestigio del padre. Alfonso es cirujano y ralentiza las metástasis con un uso magistral de las herramientas de su época. Consigue remesas de morfina y las aplica cuando todavía no están dentro de los protocolos médicos y sólo las utilizan los ricos para colocarse. Es un maestro en su dosificación y los mantiene conscientes hasta que los dolores son insoportables. Cuando exhalan el último aliento en paz, siente entre sus manos la huida de los veintiún gramos que pesa el alma y se siente dueño de la vida y la muerte. Tiene entre sus pacientes a políticos de los dos bandos, porque alivia en Montpellier el dolor de un presidente de la República en el exilio. Su mayor éxito

ha sido conseguir que un primo de Carmen Polo se despida de su familia sin dolor y con lucidez, incluso dando consejos a su primogénito sobre la gestión del negocio familiar.

Sebastián se pregunta durante toda su juventud si su padre se inyecta morfina en secreto, si la sonrisa beatífica y el sueño que no termina en sueño que tiene tantas noches, cuando se queda a media luz en el salón hasta la madrugada, tiene que ver con eso. Se plantea hasta qué punto disfruta vigilando la muerte de los pacientes, controlando no sólo su conciencia sino también su finitud. Si siente placer cuando expiran gracias a la morfina que les ha inyectado.

Sebastián asiste desde pequeño a tertulias en el salón de su casa, donde su padre reúne a catedráticos y escritores progresistas. Es un salón enorme, con ambientes y sofás cómodos, atendido por el servicio, que llena las copas sin descanso y con una atención privilegiada, propia de quienes centran todo su interés en la aprobación ajena. A veces las tertulias desembocan en cenas, en su propia casa, y en whiskies hasta la madrugada. No hay mayor orgullo para la familia que contar con invitados de calidad. Cuando se desinhiben critican al régimen con dureza, incluso con burlas, y planean pequeñas conspiraciones, que nunca se llevan a cabo porque ninguno tiene valor para tomar el liderazgo. En el fondo saben que todo es inocuo: lo que le preocupa al régimen es la sublevación del pueblo. Podría afirmarse que le conviene que las élites sean rebeldes y publiquen manifiestos en sus revistas, porque así demuestran que la dictadura lo permite y los franceses pueden respirar tranquilos.

Un líder lo es siempre, también en política. Sebastián no sabe si desea tal carga, pero se siente obligado por su destino. Como tal participa en manifestaciones contra el franquismo y firma algunos manifiestos, no todos. Tiene la habilidad de los suyos y suele escapar del alcance de las porras. Su especialidad